SINESIO DELGADO

—

Y POCAS NUECES

NDO ANTIGUO
A-2095
ib. Regional

A-2095

MASADEL
JAEN, 38
554-22-73

fe 450

VOL. V

BIBLIOTECA ILUSTRADA
DE AUTORES CONTEMPORÁNEOS

...Y pocas nueces.

Diaz de Escol
4421
ABOGADO
MALAGA

Vinerio Delgado

ILUSTRACIONES DE
CILLA

R
60413
22089

...Y POCAS NUECES

11452

BIBLIOTECA ILUSTRADA

DE AUTORES CONTEMPORANEOS

VOL. 5.º

...Y pocas nueces

POR

SINESIO DELGADO

ILUSTRACIONES
DE CILLA

Díaz de Escovar
4422
ABOGADO
MALAGA

MADRID.—1894.

IMPRENTA
de la
«*Revista de Navegación y Comercio*»
Marqués de Urquijo, 8.

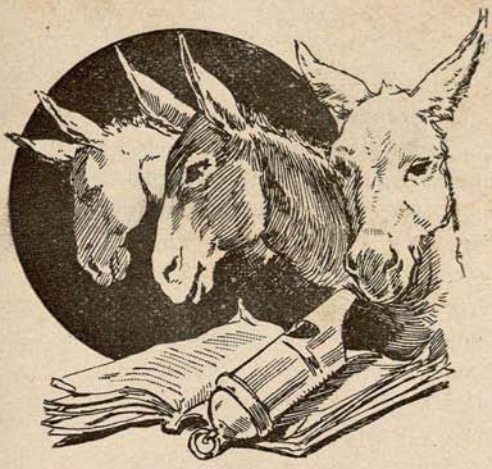
BIBLIOTECA REGIONAL DE MADRID

HUMORADA

(*Que puede servir de prólogo.*)

—

Bien puede decir cualquiera:
«¡Qué zapatos tan mal hechos!»
pues siempre será decirlo
mucho más fácil que hacerlos.



S. M. EL PÚBLICO

(FÁBULA)

Á juzgar una pieza de concierto
se reunieron cuatrocientos burros,
que al final dictarían
un fallo inapelable y absoluto.
Los animales, al sentirse jueces,
reventaban de orgullo,
y tal se envanecieron, que no quiso
su incompetencia declarar ninguno.

Dió el maestro dos golpes
con la batuta, y empezó el preludio:
un cántico de amor, dulce al principio,
después ardiente y al final impuro.
Violines y trompas simulaban
espasmos de placer, quejas y arrullos;
las notas se escapaban de las cuerdas,
llenando el aire y alegrando el mundo.
Magnífico era aquello. Parecía
mágica vibración del genio oculto;
pero, á pesar de todo,
los pobres asnos se aburrían mucho.
Como era de esperar, vino á la postre
la tempestad de coces y rebuznos,
se irritaron los jueces, y por poco
la emprenden á bocados con los músicos.
Rodaron los atriles por el suelo
y á sus establos se marchó el concurso,
renegando de aquella jerigonza
de leyes de harmonía y contrapunto.
Y entre tanto el maestro
se retiraba cabizbajo y mustio,
diciendo en su interior:—Me he equivocado:
¡el público no yerra! El fallo es justo.

. . . . . .

. . . . . .

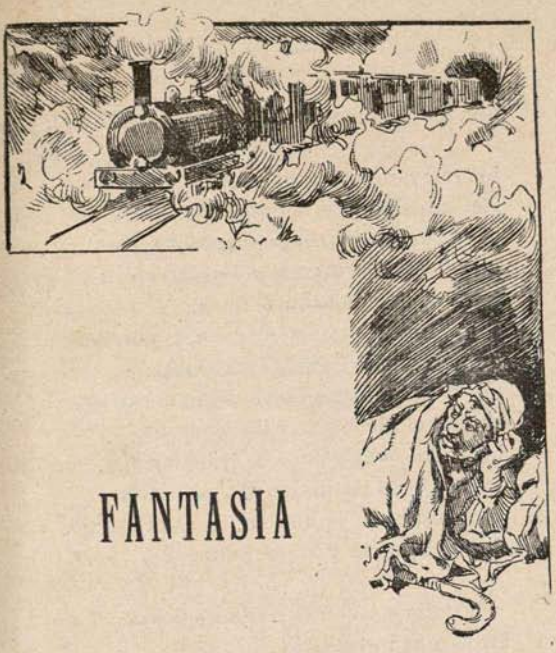
¿Se juzga el arte así? ¿Se forma un sabio
de cuatrocientos animales juntos?
Si eran borricos todos, ¿dejarían
de ser borricos porque fueran muchos?

CELOS RETROSPECTIVOS

—¡Qué empeño de que te cuente
larga y detalladamente
mis anteriores amores,
por ver si los anteriores
han sido como el presente!
¡Si no me acuerdo, mujer!
¿Y qué endiablado placer
buscas en ese tormento?
¿Te querré más si te cuento
mis aventuras de ayer?

Suponte que te dijera
que has sido tú la primera,
sólo por no hacerte daño.
¿Qué creerías? Que te engaño;
¡lo mismo que si lo viera!
Y si confieso que amé
y me encendí y me abrasé
como me abraso por tí,
te vas á formar de mí
mala idea. ¡Ya lo sé!
¿Insistes? ¡Qué tontería!
Pues sí, palomita mía,
quise de varias maneras,
y aunque no fuese de veras,
á mí me lo parecía.
Luego, pasado el calor,
suave, dulce, bienhechor,
que en tales casos se siente,
lo he pensado seriamente
y he visto que no era amor.
El amor es lo que siento
besando á cada momento
esos tus labios de grana,
que brindan de buena gana
tras de una caricia ciento.
Los otros fueron ñoñeces,

tonterías, pequeñeces,
caprichos insustanciales
y rápidos, de los cuales
ni el recuerdo queda á veces.
¿Que si á las otras decía
lo que te digo? ¡Alma mía!
¿Por qué me preguntas eso?
¿Te empeñas? ¡Vaya! Confieso
que sí, que se lo decía.
¿Que si era mentira? ¡No!
¡Nunca mi audacia llegó
á fingir de esa manera!
Lo que sucedía era
que me equivocaba yo.
¿Que también puedes creer
que ahora...? ¡Calla, mujer,
eso sí que no lo paso!
Tu lógica en este caso
no tiene razón de ser.
¡Que mi traición está clara!
¡Que no te mire á la cara!
¡Caramba! ¿Te has ofendido?
¡Pues, hija, tú lo has querido
por empeñarte en que hablara!...



FANTASIA

Rodaba el tren exprés, culebreando
por los ásperos riscos de la sierra,
y el jadear potente de la máquina
vibraba entre los bosques y en las peñas.
Ramilletes de chispas le formaban
magnífica y brillante cabellera

que iba, al pasar, hundiendo en los barran-
(cos
los mil fantasmas de la noche negra.
Retumbaba en el monte silencioso
el estruendo de topes y cadenas,
que el hálito valiente del progreso
á las ocultas soledades lleva.
Por donde el monstruo pasa, se convierten
en hermosas ciudades las aldeas;
por doquier, á los lados del camino,
surgen el bienestar y las riquezas,
los rudos campesinos se transforman,
los cerebros dormidos se despiertan,
y, recorriendo el mundo, alcanza á todos
la bienhechora plácida influencia...

—

A quince ó veinte pasos de la vía,
en lo más intrincado de la selva,
se levanta una choza miserable
de trozos de pizarra y ramas secas.
Allí duerme un pastor, envuelto en mugre
cubierto por la clásica pelleja,
con un trapo asqueroso por camisa
y un pañuelo indecente por montera.
Casi no sabe hablar. No hace otra cosa
que guiar al ganado por la sierra,

sin pensar ni sentir, como lo hacían
sus abuelos del tiempo de los celtas.
Al pasar el exprés, la pobre choza
se ilumina al fulgor de la caldera,
y un instante después queda de nuevo
solitaria y perdida en las tinieblas.
Todas las noches, el pastor salvaje,
al brusco y breve trepidar, despierta,
se incorpora, se dice: «el tren que pasa,»
y se vuelve á dormir á pierna suelta.

BIBLIOTECA REGIONAL DE MADRID Comunidad de Madrid

EN LA CELDA

Fray Antonio se hizo fraile,
es decir; se enterró vivo
por la razón ó motivo
de que una noche, en un baile,
cierta Inés á quien quería
le dió á entender claramente
que aquel su deseo ardiente
en deseo quedaría.

Y el bueno de Fray Antonio,
presa de rudo tormento,
fué y se metió en el convento
renunciando al matrimonio.
Allí, reza que te reza
con fervor, á todas horas,
las ideas pecadoras
se quitó de la cabeza,
y fué curando uno á uno
sus ataques de neurosis
amatoria, con las dosis
de penitencia y ayuno.
Ya se dirigía á Dios
olvidando á la doncella
sin que la memoria de ella
se pusiera entre los dos,
y gozando la ventura
de aquel celestial consuelo
elevaba el alma al cielo
limpia de la mancha impura,
cuando, creyendo vencido
el germen de las pasiones
en los ocultos rincones
de su cerebro dormido,
de aquella adorada Inés
surgió la imagen hermosa,

vaga al principio y borrosa,
clara y precisa después.
—¡Tentación de Satanás!—
se dijo, y luchó valiente
rezando constantemente
y ayunando mucho más.
Pero en vano, la visión
tomaba cuerpo, crecía,
y el buen fraile la sentía
metida en el corazón.
Por fin cayó acongojado
con el alma lacerada
ante la imagen sagrada
de Jesús crucificado.
—Me está matando el amor,
exclamó, vos lo sabéis.
¡Ya que no me perdonéis,
compadecedme, Señor!
Porque en balde gimo y lloro
para ahogar ansias de besos;
me estoy quedando en los huesos
¡y con los huesos la adoro!
Ni la oración ni el cilicio
pueden apagar la lumbre;
¡me abruma la pesadumbre
del inmenso sacrificio!

¡Dadme un instante, un momento
de pasión correspondida,
y os daré en cambio una vida
de penitencia y tormento!—
A este punto la figura
milagrosa de Dios Hijo
abrió la boca y le dijo
con irónica amargura:
—Vienes á mí equivocado.
Esas cosas, fray Antonio,
pídeselas al demonio,
que son de su negociado

LA DISECCIÓN

Rodearon la mesa los alumnos
de una sección de práctica anatómica
con las blusas de vivos amarillos,
las pinzas, los cuchillos y las sondas.
El mozo de la sala quitó el lienzo
que cubría el cádaver, y en la losa
quedó el de una mujer cuya hermosura
vino á aumentar la nitidez marmórea.

porque la muerte, compasiva acaso,
respetó las bellezas de la forma.
Mudos de admiración los estudiantes
pensaron á la vez:—¡Cielos! ¡qué hermosa!
y uno añadió en voz alta:—Fuera un crimen
profanar con las manos pecadoras
tan prodigiosa criatura. ¡Amigos,
vuelvan los escalpelos á la bolsa,
y el Supremo Hacedor reciba intacta
la más perfecta acaso de sus obras!
—¡Alto! dijo otro alumno. Yo protesto.
La ciencia no distingue ni perdona.
Si este cuerpo sirvió cuando vivía
para incentivo de pasiones locas,
ya que se va á pudrir, que sirva al menos
para estudiar las ramas de la aorta...
¡y perdone por Dios la madre tierra
cuando deshecha la armazón recoja!

EL AMOR

(CUENTO INFANTIL)

¿Ves esos altos picos
de las montañas
donde, al pasar, las nubes
se deshilachan?
Pues allí están las brujas!
¡brujas malvadas
que con sus sortilegios
al hombre matan!

Tú creerás que en sus mantos
arrebujadas,
buscando niños, entran
por las ventanas;
de brazos de sus madres
los arrebatan
y en satánicas fiestas
los despedazan?
¡Pues no! Ya no hacen eso.
Ya son más cautas
y alargando el suplicio
su goce alargan.
Enviados por ellas,
de noche bajan
ejércitos de trasgos
de negras alas
que invisibles recorren
casa por casa
provistos de menjurges
y de pomadas.
Al hombre, chico ó grande,
no le hacen nada,
que en eso estriba toda
su diplomacia.
Pero de las mujeres
buscan las almas

y allí, á su gusto, siembran
pasiones falsas.
Fuego del diablo ponen
en las miradas,
en el cerebro el germen
de la inconstancia
y en los traidores labios
dulces palabras
de cuyos atractivos
nadie se escapa.
Los hombres, casi todos,
llegan, se abrasan
como las mariposas
entre las llamas
y al demonio se entregan
en cuerpo y alma,
sin saber que es el diablo
quien los engaña.
Pero antes ¡cuántas penas,
dolores, ansias,
luchas, quejas, tormentos
y horas amargas!
Juramentos perdidos
que el viento arrastra,
sonrisas embusteras,
promesas vanas..

y luego horribles dudas,
ayes de rabia,
tempestades de celos,
ríos de lágrimas...
¡Todo por esas brujas!
¡brujas malvadas
que viven en los picos
de las montañas,
y alargando el tormento
su goce alargan
al llenar de amarguras
la vida humana!
¿No es infinitamente
menor desgracia
que se lleven los niños
en cuanto nazcan?

EL CAMPO DE BATALLA.

El sol se ha puesto ya, y en las colinas
que el marco forman del extenso valle,
cual fugaces relámpagos, fulguran
los últimos chispazos del combate.
Se dispersa el ejército. Los grupos
se pierden en las sombras del boscaje
y en las lejanas bayonetas brillan
los débiles reflejos de la tarde.

Solos quedan los muertos, que aún con-
[servan
las huellas de la rabia en los semblantes,
revueltos, hacinados, confundidos
en el suelo teñido con su sangre.
Este muerde el fusil, cual si la muerte
le sorprendiera en el dolor más grande,
aquél aún amenaza al enemigo
con los dedos crispados en el sable,
y el otro duerme con tranquila calma,
cual si hubiera caído embelesándose
con los rumores del cercano arroyo
que corre indiferente á la catástrofe.
Tal vez á aquellas horas misteriosas,
agrupadas en torno á los hogares,
leen sus cartas, henchidas de ilusiones,
las hermanas, las novias y las madres.
Y ellos están allí, rígidos, mudos,
formando negra mancha del paisaje
tal y como cayeron, defendiendo
de la patria los santos estandartes,
que allá se van perdiendo entre las
sombras
y dejan olvidados á sus mártires,
para buscar la gloria en otros campos
sobre nuevos montones de cadáveres.

MENUDENCIAS

Entre mi pelo negro esta mañana
me he encontrado una cana.
Sé que á tí no te gustan y la arranco;
¡así estuviera en mi poder, morena,
el arrancar la pena
de que es representante el pelo blanco!

—

Ama Isabel á Manuel,
y su buena amiga Estrella

procura intimar con él,
más que por quererle ella
por quitársele á Isabel.

—

El rápido vivir nos amilana
cortando el tallo á la ilusión temprana.
Yo debo confesar que á veces siento
un malestar de síntomas extraños,
falta de fe, cansancio, desaliento...
¡Es la vejez que llega... á los treinta años!

—

El hombre corre ansioso
detrás del goce,
y cuando está gozando,
no lo conoce.

—

Los amigos que creas más seguros,
los que más confianza te conceden
te probarán, si llegan los apuros,
que hay amistades firmes que no pueden
resistir una prueba de dos duros.

—

Algo en ello debe haber.
Las hembras dieran por ser
varones el alma entera,
y no hay hombre que quisiera
haber nacido mujer.

Tras las buenas acciones se encuentra el palo
y siempre obtienen premio las picardías.
Vaya, creánme ustedes que algunos dias
¡tengo unas tentaciones de hacerme malo!

—

Dios no ejerce la justicia
distributiva conmigo;
él se queda con sus ángeles
y á mí me quita los míos.

—

Soy anarquista, ¡abajo lo existente!
menos un servidor, naturalmente.

—

Ten presente, si marchas á la guerra,
que al que no se ha batido y vuelve ileso,
se le obsequia y halaga con exceso,
y al que muere en la lucha .. se le entierra.

—

Ni aun el necio merece
nuestro desprecio,
porque ¿á usté quién le dice
que usté no es necio?

—

Si Dios, el sumo bien, la suma ciencia,
toma nota de cosas tan sencillas,
¿vivirán con su anuencia

los que ven deslizarse la existencia
coleccionando cajas de cerillas?

—

Dios me tomó á su servicio
y me dijo:—Lucha y vive,
que el galardón de la gloria
reservo á los que resisten.
Y á sus órdenes combato
resuelto, enérgico y firme,
despreciando lo que brinda
Lucifer á quien le sirve.
Pero es el caso que á veces
el combate se hace horrible
y asustan los enemigos
por la furia con que embisten,
y tales dudas me asaltan
y tales penas me afligen,
que estoy por faltar al amo
para ver si me despide.

—

Los escritores, lacras del oficio,
que en libros y folletos se recrean
pudriendo el alma y excitando al vicio...
merecen tener hijas que los lean!

MINIATURA

A la aldea, que cubre sudario blanco,
se acerca lentamente por el barranco
el rumor apagado, confuso y leve
de la tropa que marcha sobre la nieve.

Van los pobres soldados entumecidos,
fatigados, hambrientos, medio dormidos,
subiendo por la abrupta sierra escarpada
y esperando el momento de la emboscada,
puesto que el enemigo pretende acaso
del convoy que custodian cortar el paso.

Entre tanto en la aldea, ya más cercana,
se van oyendo el toque de la campana

y el ruido de zambombas y de rabeles
que á la misa del gallo llevan los fieles.

De pronto un fogonazo brilla en el monte
rompiendo la negrura del horizonte

y de algunas descargas sigue el estruendo;
preludio de un combate rudo y tremendo.
Y celebrando alegres la Nochebuena
tomando un *piscolabis* tras de la cena,
gritan, tocan y cantan los aldeanos;
y las campanas dicen á los cristianos:
» ¡Hossanna, gloria y laudes en las alturas!
¡Nace Dios! ¡Paz á todas las criaturas!»
La montaña iluminan vivos reflejos,
y al callar la descarga se oye á lo lejos
el rumor apagado, confuso y leve
de la tropa que marcha sobre la nieve.

VOLUBILIDAD

Este carácter
es un martirio.
Me gustan mucho
los pies chiquitos,
los ojos negros,
los blondos rizos,
los cuellos blancos,
los talles lindos,
¡cuánto en las hembras
tiene atractivos,

reales ó falsos,
grandes ó chicos!
Pero me gustan
todos lo mismo,

sin preferencias
y sin distingos.
Por eso nunca
me han consumido
pasiones grandes

ni amores fijos.
Aquí miradas,
allí suspiros,
acá un abrazo
y allá un pellizco,
todo en el aire,
ligero, vivo,
con mucho fuego,
sin gran cariño,
caricias breves,
piropos frívolos,
mucho amor, ¡mucho!..
muy repartido.
Aquí á la Pepa
«dulce bien mío,»
y allí á la Juana
«pimpollo rico.»
¡Deseos nunca
bien definidos!
¡Placer que acaba
por ser suplicio!
Tú, que eres bueno,
dame ¡oh Cupido!
loco entusiasmo,
pasión, delirio,
terribles ansias,

celos malditos,
¡algo que llegue
más á lo vivo!
Ya que tan pronto
me destornillo,
dame un empleo
constante y fijo,
y en vez de chispas
de escaso brillo,
venga un incendio
que dure un siglo.
Porque con este
tragín continuo
no hay sueño dulce,
¡ni hogar tranquilo!

ÉGLOGA

Por perros y zagales abandonadas,
libres de cortapisas y de cuidados
andaban las ovejas desperdigadas
triscando alegremente por los sembrados.
—¡Caracoles (me dije) ¿qué guarda es ésta?
¿Qué tendrá el pastorcillo que hacer ahora?
¡Eso es que en la cabaña duerme la siesta,
ó que está entretenido con la pastora!—

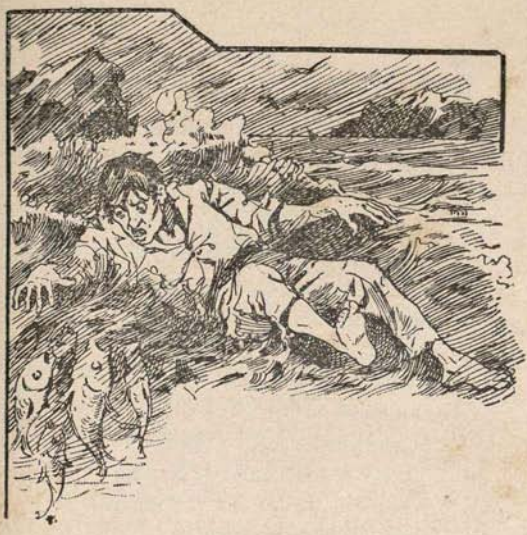
Pensar mal de las hembras es tan humano
que lo de la pastora lo dí por hecho.
Me interné en el espeso monte cercano
y... acabé mis pesquisas al corto trecho.
¡Allí estaban sentados al pie de un chopo
con las callosas manos entrelazadas,
él diciéndola á ella cada piropo
que encendía... juzgando por las miradas!
Pero ¡ay! que la zagala no era de aquéllas
que en leyendas y cuentos pintan los vates:
sencillas, inocentes, pulcras y bellas,
por las que se soñaban mil disparates.
No, que la pobre moza, muy desgreñada,
con el cutis tostado, sucia, asquerosa,
ni podría en romances ser alabada,
¡ni aun entre los papúes sería hermosa!
Mi presencia el coloquio cortó en seguida
la pastora, al mirarme, saltó ligera
y escapó dando brincos, loca, aturdida,
cual perseguido corzo, por la pradera.
Quedó el pastor riendo como un bendito
con una descarada risa burlona
que indicaba que el lance le daba un pito;
y me decía:—¡Aprende! ¡Buena persona!
—¡Pues me gusta! (le dije).
—¿Quién? ¿la muchacha?

.....

—¡Hombre! no la muchacha, precisamente!
¿cómo puede gustarme con esa facha
que no se puede en calma mirar de frente?
—¿Le parece á usté fea? ¡Sí que lo creo,
¡Y á mí se me figura la pobrecita
unos chorros del oro por el aseo
y un ángel de la gloria por lo bonita!
—Pues dispensa, y Dios quiera que me [equivoque,
pero tienes mal gusto.
—No me incomodo
ni me choca tampoco que á usté le choque,
porque en el mundo tiene que haber de todo.
Para que no se pudran las pobrecitas,
están así las cosas muy bien dispuestas;
á usté ¡claro! le gustan las señoritas,
y á mí naturalmente, me gustan éstas.
Para mí las bravías, ¡yo no me asusto!
para usté las prendidas con alfileres;
¡si tuviéramos todos el mismo gusto,
quedarían en Babia muchas mujeres!
Y habría desazones á todas horas.
¿Íbamos á dejarlas que se murieran?
¡Pues estaría bueno! ¡Pobres pastoras
si no hubiera pastores que las quisieran!

.....

¿Lo ve usté? Ya no aguardo que me res-
[ponda,
queda usté convencido y aturrullado...—
Y alzándose del suelo, sacó la honda
y la emprendió á pedradas con el ganado.



DIÁLOGO TRASCENDENTAL

Arrastrado por las olas,
que le azotan y le ciegan
y airadas rugen en torno
disputándose la presa,
un pescador desdichado
lucha, agotadas las fuerzas,
mezclando breves plegarias
con horrorosas blasfemias.
El mar le arrancó de un golpe

de la endeble barquichuela,
y en vano á sus compañeros
pidió socorro y clemencia,
porque apagaron sus voces
los ruidos de la tormenta
y huyó la lancha hacia el puerto,
de blanca espuma cubierta,
hechos astillas los palos
y hechas jirones las velas.
Quedó el náufrago perdido,
y en vano se agita y brega
contra el mar que le destroza
y el cielo que estalla y truena.
Una bandada de peces
que huía de la galerna
le rodeó, con las bocas
extremadamente abiertas.
—Ya eres nuestro, le dijeron;
¡nos servirás de merienda!
—¡Tened piedad!
—No es posible
¡son las leyes de la guerra!
—¿La guerra?
—¿Por qué saliste
á la mar?
—Salí de pesca.

—Pues te pescamos nosotros,
conque ríndete, y paciencia.
—Yo tengo cuatro pequeños
que se mueren de miseria,
y después de mis fatigas,
con vosotros se alimentan.
—Sí; pero también nosotros
tenemos crías hambrientas,
y hoy comerán de tu carne,
porque la victoria es nuestra.
—Pero será un atropello.
—Para vivir se atropella
—Es que á vosotros os hizo
la Divina Providencia
para que el hombre os pescara
y os matara, y os comiera.
¿Con qué derecho en los planes
del Sumo Hacedor penetras?
—Porque mi razón lo dice.
—Por adularte embustera.
Pero nosotros sabemos,
y tenemos muchas pruebas,
que Dios nos manda á los hombres
sobre las olas revueltas...
¡para que de vez en cuando
probemos la carne fresca!

BIBLIOTECA REGIONAL DE MADRID Comunidad de Madrid

PEQUEÑO POEMA

I

Pepe vino á Madrid lleno de bríos
á luchar por la gloria, á hacerse célebre,
y trayendo por armas y bagajes
la audacia, la paleta y los pinceles,
se metió en lo más recio del combate
dispuesto á pelear como un valiente.
Dura fué la labor; la muchedumbre
tenaz y silenciosa se defiende
y el soldado del arte necesita,
además de valor, paciencia y suerte.

En esta lucha previa, en esta etapa
de dudas, privaciones y reveses
en que los más sucumben, y los menos
temple de acero para el alma adquieren,
Pepe se enamoró... como cualquiera
de una rubia preciosa: de Mercedes,
otra pobre como él, más desgraciada,
porque siempre fué sola y pobre siempre.
El la quiso con ansia, con el fuego
que da la sangre que en las venas hierve;
ella á él con ternura, con el suave
cariño que impresiona dulcemente.
Fué su acicate vivo en la batalla,
salutífero bálsamo en la fiebre,
guía en el arte y eficaz consuelo
que trocaba las penas en deleite...

II

Y él, al cabo, triunfó. Pudo su firma
alternar con las firmas de los jefes,
oyó el primer aplauso, y vió delante
el campo abierto donde el genio vence.
Los cambios de fortuna traen consigo

fatal alteración de caracteres,
y el hombre que fué bueno en la desgracia
cambia en la dicha, y en el cambio pierde
Pepe olvidó á Mercedes poco á poco,
se dedicó á otro mundo, á otras mujeres,
y contaba riendo á sus amigos
aquel eterno amor... de cinco meses.
Ella, la pobre, le quería tanto
que el cariño aumentó con los desdenes,
y como triste rosa abandonada
se agostó con la pena de no verle.
Y á fuerza de sufrir pidió á los cielos
el eterno descanso de la muerte,
¡que hay niñas inocentes todavía
que aman de veras y de amor se mueren!

III

Iba un carruaje fúnebre, modesto,
marchando al cementerio lentamente,
y al llegar á las Ventas, de un cuartito,
donde había sin duda gente alegre
que llenaba de ruido el merendero
con risotadas y canciones *verdes*,

se abrió una ventanilla. Una muchacha
ebria de vino y harta de placeres
se asomó á ver el coche. Y en seguida

se oyó en el interior la voz de Pepe
que la decía:—Trini, ya lo has visto:
un entierro que pasa. ¡Cierra y bebe!

LA ETERNA DERROTA

La noche va picando
la retaguardia al día
y haciendo su sombría
periódica invasión,
y fija silenciosa
del valle á la montaña
sus tiendas de campaña
de lúgubre crespón.
Ejércitos de duendes
que entre las sombras velan,
se agitan, saltan, vuelan,
gruñendo de placer,
y el eco, que repite
los àsperos gruñidos,
apenas extinguidos
los vuelve á recojer.

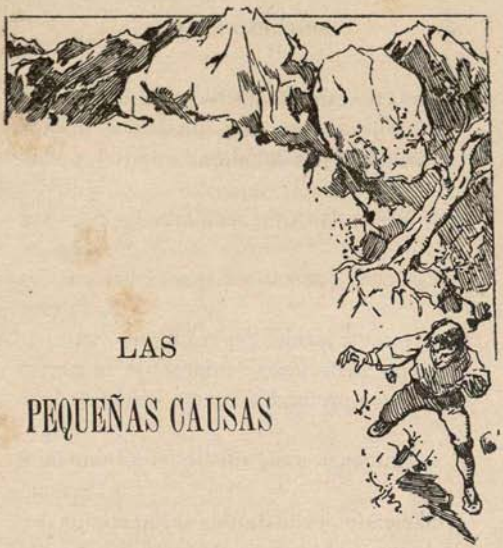
Los trasgos diminutos
que brotan de la tierra
se extienden por la sierra
zumbando sin cesar,
chapúzanse en las fuentes
y empolvan los caminos
formando torbellinos
en raudo revolar.
Y la mitad del mundo
tranquila duerme en tanto
cubierta por el manto
del sueño bienhechor,
y olvida sus combates,
sin importarle cosa
la turba misteriosa
que zumba en derredor.
De pronto, la avanzada
que mira hacia el Oriente
anuncia el inminente
peligro de morir,
y tiemblan los fantasmas,
mirando allá á lo lejos
los pálidos reflejos
de un cielo de zafir.
Semeja su zumbido
que en el espacio estalla

preludios de batalla
y hervores de la mar,
mientras allá, buscando
la desigual pelea,
lejana centellea
la luz crepuscular,
que avanza luego rápida
salvando el alto monte,
inunda el horizonte
de vida y de color,
y ejércitos de rayos
con puntas de brillantes
clavando van triunfantes
sus haces en redor.
Desgarran de las sombras
las tenues barricadas
y rompen á lanzadas
el apretado tul.
Fantamas y vestiglos
escapan al instante
y surge el sol radiante
en el espacio azul.

—

Vencida así la noche
traspone la montaña,
sus tiendas de campaña

llevando á otra región,
y deja por despojos
en valles y colinas
jirones de neblinas
y rastros de crespón.



LAS
PEQUEÑAS CAUSAS

Montaña abajo rueda la peña desprendida,
cual átomo invisible juguete del ciclón;
bajo su peso tiembla la tierra estremecida,
sintiendo en sus entrañas tremenda con-
[moción.
Como gigante fábrica que se desquicia y
[cruje,
el monte lanza al viento gemido colosal,
las rocas de granito se rompen al empuje
y emprenden hacia el valle carrera desigual.

Las aves espantadas escapan de los nidos,
los árboles se tronchan, quejándose al caer;
se escuchan por doquiera lamentos y chas-
[quidos
que allá en las altas cumbres se llegan á
[perder.
Los ecos que en los ásperos rincones de
[la sierra
por riscos y jarales repercutiendo van,
parecen misteriosos rumores de la guerra
que en los profundos antros sostiene algún
[titán.
La inmensa mole rueda desenfrenada y
[loca,
y, haciendo por instantes el ímpetu mayor,
destruye cuanto encuentra y aplasta cuanto
[toca,
sembrando en su camino la ruina y el terror.
¡Irá á caer del río sobre el tranquilo lecho;
las aguas desbordadas del cauce se saldrán
y en el ameno valle, por el turbión deshecho
viñedos y panochas marchitos quedarán!
¿Qué causa misteriosa la empuja hacia el
[abismo,
¿Tal vez rompió su base la mina que estalló?
¿Volcán oculto acaso produjo el cataclismo

y en el picacho enhiesto la negra boca abrió?

. . . . . .

Pues no, que la catástrofe se explica en
un momento.
La culpa tuvo un bicho pequeño é infeliz,
un topo miserable que socavó el cimiento,
con fines bien honrados: ¡buscando una raíz!

CONFITEOR

—Me acuso de adorarla, señor cura,
pero con tal pasión, de tal manera
que me absorbe su amor el alma entera
y es á un tiempo placer y desventura.
Ora tengo mi dicha por segura,
ora llego á dudar de que me quiera,
y la esfinge tenaz me desespera
y más la quiero cuanto más me apura.
Loco tras mi ilusión, desorientado,
la espuela de mi afán llevo conmigo...
¡No imponga penitencia á un desgraciado
ni acreciente mi culpa lo que digo,
que si este amor terrible es un pecado,
en el mismo pecado está el castigo!

SENSIBLERIA

Fumaba tranquilamente
sentado en un confidente...
de mi pasión volandera,
esperando á que volviera
la dulce inquilina ausente.

Era guapa, tentadora,
vivaracha y seductora
con esa gracia mentida
y estudiada, que en seguida
nos seduce y enamora.
Yo, que siempre fuí celoso
y no pude ser dichoso
con el amor repartido,
la había puesto aquel nido
para amarla con reposo.
Nido que era mi consuelo,
una parodia del cielo
hecha por Luzbel acaso,
con colgaduras de raso
y alfombra de terciopelo.
Suave calor me envolvía;
en la chimenea ardía
tranquila y plácida hoguera.
Llovía á cántaros fuera
y... mi dueño no venía.
La imaginación en tanto
iba rompiendo el encanto
de toda aquella riqueza
pensando en que su belleza
tal vez no valía tanto.
Y vinimos á parar

en que lucir y gastar
con semejante mujer
no era ni podía ser
decente ni regular.
¿No era un crimen, un horror
olvidarse del dolor
de tantos y tantos seres
para dorar los placeres
momentáneos del amor?...
Total, que de esta manera
huí de la madriguera
con el rubor en la cara,
decidido á que se hallara
solita cuando volviera.
Salí. La noche era fría
y el agua helada caía
con constancia abrumadora.
Una pobre vendedora
me ofreció su mercancía.
Tenía en brazos dormido
un niño recién nacido
á quien negó la fortuna
calor, alimento, cuna...
¡lo que sobraba en mi nido!
Sentí pena, desconsuelo...
De pronto pensé que el cielo

me la había puesto al paso.
La llevé al nido de raso
con muebles de terciopelo.
Y gozando grandemente
con el asombro creciente
de la mujer sorprendida,
que me miraba aturdida
como se mira á un demente,
dí un beso al chiquillo. Luego
puse un colchón junto al fuego
y dije á la vendedora:
—¡Acuéstele usted, señora,
que si ésa vuelve, la pego!

HAZ BIEN...

Me dices, adorable Magdalena,
que, haciéndole un favor,
lanzaste una mirada compasiva
á un mendigo de amor,
y él, tomándolo en serio, te persigue
por doquiera que vas,
y te cansa, y te aburre y te fastidia...
¡Pues óyeme y verás!

BIBLIOTECA REGIONAL DE MADRID
Comunidad de Madrid

A la taza de leche azucarada
que tomaba Asunción
llegó una mosca, y se plantó en el borde
sin pizca de aprensión.
—Huele muy bien (se dijo), si está dulce,
¡bien debe de saber!...
Plegó las alas, alargó la trompa
y se puso á beber.
Pero el peligro en el placer se olvida.
En el primer desliz
se le fueron las patas; y en la leche
se cayó la infeliz.
Asunción, que es muy buena, vió el apuro
del insectillo audaz
que luchaba agitándose y bregando
con decisión tenaz;
metió la cucharilla, asió la mosca
el mango salvador
y venturosa y libre sobre el plato
dió gracias al Señor.
Se arrastró con trabajo largo trecho,
soltando, al avanzar,
el líquido pesado y pegajoso
que la impedía andar;
y después de limpiarse las patitas,
con mucha precaución,

para meta escogió del primer salto...
la frente de Asunción.
Allí probó sus fuerzas; se vió en seco,
satisfecha y feliz,
dió un revuelo en el aire, y en seguida
se plantó en la nariz.
De allí se fué á la boca, de allí al cuello,
picando sin cesar,
y la pobre Asunción, al fin y al cabo,
no lo pudo aguantar.
La persiguió con ira, con el ansia
de darla un achuchón,
arrepentida del primer impulso
de su buen corazón.
Y se dió de cachetes y puñadas
sin poderla cojer;
porque en luchas así, sale perdiendo
quien tiene que perder.

—

Conque atiende, adorable Magdalena,
lo que te digo yo:
Haz bien á todo el mundo, si eres buena...
¡pero á las moscas no!

LUZBEL

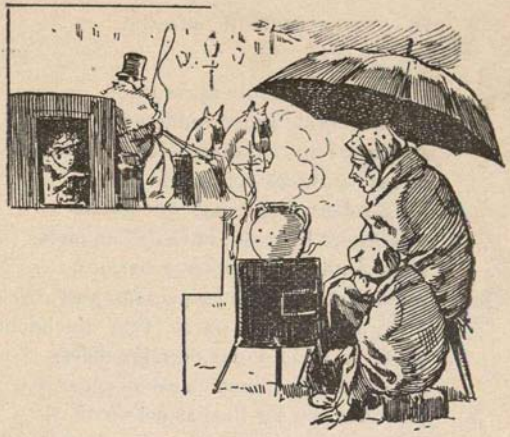
Ardió la guerra en la gloria
durante siglos enteros,
primero sorda y oculta,
declarada y viva luego,
guerra de envidia y sober-
[bia,
de ambición, de orgullo
[necio
que alimentan fácilmente
contra el grande los peque-
[ños.
Hubo batalla, y los ángeles
con sus espadas de fuego
vencieron al mal espíritu
y lo arrojaron de entre ellos.
Luzbel, de todas las bajas
pasiones, símbolo eterno,
por los siglos de los siglos

fué desterrado del cielo,
que ha tenido desde entonces
paz, bienandanza y sosiego,
sin el germen de motines
que llevó consigo el réprobo.
Perseguido en todas partes,
odiado en todos los tiempos,
cayó en el profundo abismo
del universal desprecio.
Pero es inmortal. Su fuerza
le acompaña en el destierro
y avasalladora crece
sin descanso combatiendo.
Poco á poco entre los hombres
cundió el audaz pensamiento
de arrogarse el absoluto
dominio del mundo entero;
y como antes en la gloria
surgió en la tierra el empeño
de igualar otros poderes
al poder del Ser Supremo.
Se forzó la inteligencia
desentrañando misterios,
muchos secretos del mundo
dejaron de ser secretos,
y, orgulloso en sus conquistas

el hombre, extendió su imperio
desde el fondo de las aguas
al éter del firmamento.
—Todo es mío, soy el amo
(pensó), conozco y comprendo
los enigmas de la vida,
las leyes del Universo
y cada vez más resortes
de la gran máquina tengo.
Me falta crear. ¿qué importa?
¡Ya crearé con el tiempo!
Y el diablo triunfa; el orgullo
satánico va creciendo,
porque cree perfecta el alma
y omnipotente el cerebro.
¡Ya aquel ángel derrotado
por las espadas de fuego,
más que rey de las tinieblas.
parece el Dios de los cielos!

.....

¿Quién sabe? ¡Acaso él inicia
los avances del progreso,
y no viviría el mundo
sin su batallar perpetuo!



CONTRASTE

Se hartaba de gritar la pobre vieja
junto al clásico humilde tenderete
pregonando castañas calentitas
una tarde horrorosa de Diciembre.

Tiritaba á su lado un rapazuelo,
de un raído mantón entre los pliegues,
mirando ansiosamente en el hornillo
los resplandores de la llama tenue.

Y pasaba la gente apresurada
y al miserable grupo indiferente,
sin pensar en castañas, sólo huyendo
de las continuas ráfagas de nieve.
En soberbio carruaje, que guiaba
un cochero lustroso, envuelto en pieles,
avanzó una mujer joven y hermosa
sentada en el cojín, lánguidamente.
Era un ángel..... caído. Una muchacha
presa del vicio en las doradas redes,
con la mirada impúdica en los ojos
y el cutis con las huellas del afeite.
Tiró del cordoncillo, paró el coche,
llamó á la vieja y saludó riéndose,
mientras el chico sucio y harapiento
miraba con asombro los arneses.
Se levantó la castañera, y dijo:
—Vamos á hablarla, puesto que ella quiere.
—¿Esa es mi hermana, madre?
—¿La conoces?
Sí que es tu hermana... ¡pero no la beses!

EL TIRO POR LA CULATA

—En Madrid hay mil hom-
[bres
en la indigencia
(se dijo cierto día
la Providencia),
tropa profundamente
desventurada
que ni de nada goza
ni espera nada,
mal tapadas las carnes
con cuatro trapos
y que no saldrá nunca
de sus guiñapos.
Gente que está que trina
con sus cadenas,
sin hallar lenitivo
para sus penas,
que, harta del infierno
que sufre en vida,

por miedo solamente
no se suicida.
Morralla que carece
de pretensiones,
que vive como un árbol,
sin ilusiones,
y falta de alimentos,
pura materia,
va enseñando las llagas
de su miseria.
De modo que si un golpe
bien dirigido
corta ese repugnante
miembro podrido,
queda sólo en la corte
la parte buena,
más limpia y más brillante
que una patena.
Este procedimiento
no será blando,
pero ¡qué diantre! todos
salen ganando...
Y en cuanto hubo medido
muy á conciencia
todas estas razones
la Providencia,

llamó para enterarle
de su programa,
al ángel de los vientos
del Guadarrama.
El cual en una cruda
noche de invierno,
hizo sobre las cumbres
sonar un cuerno,
y los picachos todos
recién nevados
mandaron hacia el valle
soplos helados.
Cuchillos invisibles
de filo doble
que podrían acaso
partir un roble,
cuanto más al mendigo
que hubiera al paso
sin cenar y sin ropa
durmiendo al raso.
El frío heló el estanque,
la fuente, el río...
y sintieron el golpe
mortal del frío...
todos los que salieron
sin precauciones

de teatros y bailes
y reuniones.
Tanto que resultaron
al otro día
setecientos enfermos
de pulmonía.

.....

Y pensaban en tanto
los desperdicios
que improvisaron camas
junto á los quicios:
¡Ya se ve que la noche
no es de verano,
porque es fresquito el aire!...
¡Pero es tan sano!

EL TIMONEL

—Todos duermen á bordo. Del serviola
veo allá arriba y lejos la silueta
y oigo abajo el tremendo resoplido
del vapor encerrado en la caldera.
Qué hermosa está la noche! De la luna
los rayos en las olas cabrillean
y manto inmenso de bruñida plata
la superficie de la mar semeja.
¡Qué pequeño es mi barco! ¡Qué pequeño,
solo y bogando en la llanura inquieta
que en son de guerra bajo el casco ruge
y allá en la proa con furor se quiebra!

Si el monstruo airado se levanta y barre
con ímpetu terrible la cubierta,
¿cómo luchar con él? ¿Quién al gigante
podrá vencer en desigual pelea?
Irá sorbida al insondable fondo
mi cáscara de nuez, y yo con ella,
sin ver más á mis hijos... ¡mis pequeños,
que allá en la costa por su padre rezan!...
....
¡No será, vive Dios! ¡Aunque en las bandas
las olas como mundos se rompieran,
la mano en el timón y el alma en *ellos*,
caerían todas á mis pies deshechas!...
¿Yo pequeño ante el mar, y cariñosos
los brazos de mis ángeles me esperan?
¡Loco al pensarlo fuí! ¡Somos iguales
y azotaré sus lomos si se encrespa!
Duerman en paz á bordo. Podrá el viento
desbaratar los palos y las vergas,
y el violento empuje de las aguas
doblar herrajes y astillar maderas,
pero ¿eso qué me importa? De las manos
nunca podrá arrancarme la tormenta
la rueda del timón... ¡y doy palabra
de llegar á la costa con la rueda!

AL MONTON

Por la escalerilla
llena de remiendos
que al amplio escenario
permite el acceso,
va subiendo, á costa
de grandes esfuerzos,
una pobre vieja
de setenta inviernos,
turbia la mirada,
blancos los cabellos,
trémulos los labios,
vacilante el cuerpo,

dentro de un vestido
destrozado y viejo.
Sírvela de apoyo
mientras va subiendo
una hermosa niña
con los ojos negros
(de mirar tan dulce,
tan humilde y tierno
que de un alma hermosa
son sin duda espejo)
y cuando se queja
la dice riendo:
—Animo, abuelita,
que ya falta menos.

—

Una vez arriba
y al mirar aquello,
los coros que ensayan
gritando y corriendo,
y los maquinistas,
y los carpinteros,
actores, comparsas,
bullicio y estruendo,
la muchacha tiembla,
de vergüenza y miedo.
—¿Qué buscan ustedes?

les dice un portero.
—Pues... al empresario,
mire usted, yo vengo
porque aquí me han dicho
que se gana un sueldo
cantando unas cosas
que manda el maestro.
Ambas somos solas,
mis hijos se han muerto,
y estamos tan pobres
que ni pan tenemos.
Con lo poco que ésta
ganaba cosiendo
vivíamos antes...
Pero ya hace tiempo
que el trabajo falta
y no hay más remedio
que cantar... Mi nieta
tiene gran despejo
y una voz más dulce
que un ángel del cielo...
Ella no se atreve,
porque tiene miedo,
pero con las otras
ya lo irá perdiendo,
porque todos dicen

que es tan fácil eso...
—¡Ah! vamos, ¿corista?
Que espere un momento.

—

Minutos de angustia
terribles, eternos,
pasó la muchacha
de los ojos negros,
con la incertidumbre
retratada en ellos,
en un rinconcito
de la gente lejos,
intranquila el alma,
tembloroso el cuerpo,
mientras el ensayo
proseguía, enmedio
de música, voces,
carreras y estrépito...
llegó el empresario,
muy grave y muy serio,
se fijó en la niña,
la observó en silencio,
y alegre se dijo
para su coleto:
—¡Guapa chica!... ¡Carne
de palco proscenio!

JUICIO ORAL

—¿Tiene algo que decir el acusado?
—Sí, señor presidente.
Deseo que el Jurado
no atienda á mi delito solamente.
¡Le pido compasión! No por el miedo
que me infunda el castigo que me espera,
sino porque no puedo
morirme allá en la cárcel... aunque quiera·
Yo maté á mi mujer. Lo he confesado.
Y la maté á traición, loco, embriagado
por la rabia insensata

que produce en el hombre la caída
de la ilusión más pura y más querida,
y, en casos como el mío, es la que mata.
Ya lo ha dicho el fiscal. No tengo prueba,
pero en estos combates, ¿quién la tiene?
Viene la horrible duda... porque viene
y entra en el corazón y allí se ceba.
Mi esposa me era infiel. Yo lo sabía.
¿Por qué? No lo diré, pero es tan cierto
que si al verlo en sus ojos aquel día
no me atrevo á matar, me hubiera muerto.
Porque al darla mi amor y el alma entera
he sido fiel, trabajador, honrado...
y pérfida y perjura y embustera,
prefirió á mi cariño el de cualquiera
que entró como un ladrón en mi cercado.
Por eso la maté. Pero repito
que no busco disculpas al delito,
y si pido piedad humildemente
no es porque la cadena me intimida,
que en algunos azares de la vida
la víctima se trueca en delincuente.
Pero tengo dos hijos. ¡Dos! tan bellos
como ángeles sin mancha de pecado.
Tenían una madre y la he matado...
Si me encerráis á mí, ¿qué va á ser de ellos?

LOS OJOS LANGUIDOS

Aún conservo el recuerdo
que me atormenta
Aquella linda rubia,
sin darse cuenta,
me despertaba el ansia
de los sentidos
con sus ojos azules
medio dormidos.

Soñaba yo que había
luchas del alma
bajo aquella apariencia
de dulce calma,
y por ver el enigma
de lo soñado
la asedié, más curioso
que enamorado.
Pero mi amor fingido
no le hizo mella;
parecía tan pura
la rubia aquella
que la pobre inocente
no comprendía
la mitad de las cosas
que yo decía.
Mas como en estos casos
dudar es bueno
y es tonto el que se fía
del mar sereno,
quise llegar cuanto antes
á lo más hondo
para ver qué misterios
guardaba el fondo.
Y al fin me quiso mucho
cándidamente,

sin mancha de impureza
ni afán ardiente,
contestando á mis locos
planes... fingidos
con sus hermosos ojos
medio dormidos.
Entonces ví del sueño
roto el encanto
con un amor de niña
tranquilo y santo,
porque no era un embuste
su dulce calma;
¡lo mismo que los ojos
tenía el alma!
Y yo ¡necio! aburrido
de hallar dulzuras
donde busqué la fiebre
de las locuras,
quise tomar, matando
sus esperanzas,
tras de mentidos celos
ruines venganzas.
Cuando emprendí la fuga
muy satisfecho,
su corazón acaso
la hería el pecho,

y ella ahogaba el embate
de sus latidos
mirándome con ojos
medio dormidos...

VISITA DE INSPECCION

Tales quejas llegaron á la gloria
de la torpe impiedad de nuestro globo,
que Dios mandó á un arcángel, el más listo,
que se enterara por sus propios ojos.
Descendió el emisario á toda prisa,
trayendo bajo el brazo el arpa de oro,
llegó á la Tierra, se quitó las alas,
el arpa celestial dejó en depósito
á un vate melenudo que al instante
la echó á perder sin encontrar el tono,
y quedó convertido en un sujeto
ruin y vulgar de americana y hongo.
Recorrió todo el mundo. En todas partes
pudo estudiar la humanidad á fondo

y aprender de memoria en poco tiempo
usos, costumbres, caracteres... ¡todo!

Vió á los hombres en lucha encarnizada
por cosas sin sustancia y sin meollo,

y á las pobres mujeres en terribles
discusiones de flecos y abalorios.
Vió trepar á la cumbre á los audaces
que tachaba la gente de ambiciosos
y sólo ambicionaban distinguirse
con trapos llamativos y estrambóticos.
Vió á los enamorados ¡siempre iguales!
creerse de verdad unos á otros
y gozar y sufrir con ilusiones
y hacer promesas y volverse locos.
Vió despreciar la paz y la alegría
por la guerra de estériles negocios,
y encontrándose cerca del sepulcro,
vivir deprisa por llegar más pronto.
Y las alas se puso, cogió el arpa
con las clavijas y el cordaje rotos,
y volvió á la presencia del Eterno
pidiendo audiencia sin quitarse el polvo.

.....

—¿El mundo viste?
—Sí, Señor.
—¿Qué opinas?
—Que se le debe desquiciar de un soplo:
¡esos hombres no tienen compostura!
—¡Qué! ¿Son tan malos?
—No, Señor: ¡son tontos!

¡ANDE EL MOVIMIENTO!

Según dicen más de cuatro
que han descubierto el sis-
[tema,
es muy sencillo el problema
de acertar en el teatro:
Estudiar caricaturas
y presentarlas de modo
que hagan gracia; ¡sobre
[todo
mover mucho las figuras!
Una contorsión eterna
y una acción rápida, viva
y animada; en eso estriba
la dramaturgia moderna.

Nada de escenas *paradas*
ni de discreteo *fino*
que aburre al Verbo divino
con sus frases rebuscadas.
Una forma primorosa
¿qué le importa al auditorio,
que no sabe si el *Tenorio*
está escrito en verso ó prosa?
Vivimos ya tan de prisa
que necesita la gente
sentir inmediatamente
la tentación de la risa,
y al levantarse el telón
necesita conocer
el enredo que ha de ser
base de la animación.
Y si no hay dos situaciones
graciosas en un segundo
ya tiene usté á todo el mundo
preparando los bastones.
¡No! y el público no es tonto;
pide acción interesante,
que le diviertan bastante
y que le diviertan pronto.
Y como está en su derecho
hay que darle lo que quiera;

yo ya encontré la manera
de ganar honra y provecho.
Nada de lucha valiente
para venir á estrellarse;
es más sencillo dejarse
arrastrar por la corriente.
El sainete que ahora escribo
tiene que ser cosa buena,
porque coloco en la escena
los caballos del *Tío Vivo*....
Y allí sin cesar se mueven
soldados, chicos, niñeras,
chulos, criadas y horteras,
que ríen, gritan y beben.
Hay chistes á borbotones
de esos que arrancan murmullos,
frases gordas, apabullos,
insolencias, pescozones.
Y ello no será un portento
ni pasará de la raya,
pero movimiento... ¡vaya
si va á tener movimiento!

UN CUENTO

En derredor de la amplia chimenea
de colosal campana
donde el tronco al arder chisporrotea,
y en torno de una anciana
de negra toca y de cabellos blancos,
se agrupan en el suelo y en los bancos
casi todos los chicos de la aldea.

Fuera, entretanto, la tormenta estalla
y parece que se hunde el firmamento.
Tiene miedo el concurso, pero calla
porque le atrae el interés del cuento.
—El niño Manolín, dijo la abuela,
según los que le vieron de chiquito,
era un ángel de Dios; el más bonito
de todos los chiquillos de la escuela.
Por igual todo el pueblo le quería,
ganábase cariño y simpatía
con su atractivo solo,
y por esto, la madre de Manolo
calculad lo orgullosa que estaría.
Pues bien, este cariño
que todo el mundo le tenía al niño
excitó contra él la sorda rabia
de una bruja muy sabia
que habitaba en el monte donde ahora
ruge la tempestad atronadora.
Y la asquerosa vieja de dos siglos
pensó el modo de hacer un atropello,
porque brujas y duendes y vestiglos,
por lo feos que son, odian lo bello.
Una noche como ésta
escogió la malvada
con la maldita escoba preparada

para lograr su pretensión funesta,
y el pobre Manolillo, que dormía
en su humilde cunita de madera,
por los aires voló, sin que pudiera
saberse nada de él al otro día.
Loca la madre de dolor, en vano
le buscó por el monte y por el llano
regando con su llanto los caminos
de los pueblos vecinos...
Tanto lloró y rezó, y era tan buena,
que Dios, compadecido de su pena,
se apareció una vez durante el sueño
y la dijo:—No llores, Magdalena,
las brujas se han llevado á tu pequeño,
pero yo estoy contigo
y anularé el poder de tu enemigo.
Y en brazos de un querube
cabalgando veloz sobre una nube
cruzó tierras extrañas,
valles, ríos y mares y montañas,
y en una noche lóbrega y sombría
se encontró de repente
en un barranco inmundo y pestilente,
del aquelarre en la infernal orgía.
Pidió fuerzas á Dios contra el hechizo,
rompió la gran caldera en mil pedazos,

el concurso rugiendo se deshizo
y quedó sola, con su niño en brazos.
Tornó á la aldea á pie; miles de miles
de leguas sin abrigo ni bagaje,
marchitando sus gracias juveniles
en las fatigas de tan largo viaje.
Ansiosa de llegar, sin saber cuándo,
pobre, hambrienta, aterida, fué cruzando
grandes llanuras, cúspides enhiestas,
alegre siempre con el hijo acuestas!...
Ya veis, pues, por la historia de Manolo,
que el amor maternal es grande y solo:
cualquiera madre idólatra ó cristiana,
¡por sus hijos al diablo se resiste!
—Menos la mía, interrumpió á la anciana
una niña muy pálida y muy triste.
—¿Qué dices, criatura?
—Si, abuelita,
que la mía... ¡qué había de hacer eso,
si, siendo yo chiquita,
me abandonó á la puerta de la ermita
y no ha venido nunca á darme un beso!

FLOREOS

Cuando la dulce sonrisa
despliega per ambos lados
los claveles encarnados,
que tiene por labios Luisa,
baja un arcángel del cielo,
la toca el rostro, se aleja
lleno de orgullo, y la deja
en la mejilla un hoyuelo
incitante, tentador
y provocativo... ¡tanto
que, al verlo, el santo más santo
se convierte en pecador!

Hoyuelo poco profundo,
por el cual rabian de celos

todos los demás hoyuelos
chicos y grandes del mundo.

Lindo adorno de la piel
que por no tener rival
no quiere que haya otro igual
¡ni en la misma cara que él.
Y haciéndola más hermosa
por estar solo, disfruta
soberanía absoluta
en su mejilla de rosa,
donde enardece, y convida
á dejar los labios presos
aquella tumba de besos
por el rubor eucendida.
Como estamos convencidos
los amantes desdeñados
de que los besos soñados
son más dulces que sentidos,
¡cuántos ¡ay! la doy así
que antes de ser descubiertos
mueren, y después de muertos
vuelan á enterrarse allí,
mientras, trémulo de amor,
yo los veo con placer,
pues sé que no han de poder
hallar sepulcro mejor!
Y quiera Dios que mi Luisa
no comprenda esta locura

y cierre la sepultura
suprimiendo la sonrisa,
pues si me falta ese apoyo
de mi amante desvarío,
¿qué va á ser de mí, Dios mío,
sin ver aquel hoyo? ¡Un hoyo
de cuya gracia especial
quedó satisfecho Dios
y ya no quiso hacer dos,
que era lo más natural,
porque residiendo en El
la suma ciencia, sabía
que el otro no le saldría
tan bonito como aquél!

ELLAS

—

Al llegar á los postres de una comida
delante de tres hembras como tres soles,
entre dos caballeros de la partida
surgió una pelotera de tres bemoles.
Federico, que tiene fama de tuno,
con puntas y ribetes de escepticismo,
y que, habiendo bebido más que ninguno,
era capaz de armarla consigo mismo,
sostenía, gritando como una fiera,
que todas las mujeres son unas tales
y se debe tratarlas de tal manera
que nunca las envidien los animales;

que engañarlas es gracia más que otra
[cosa,
que quererlas de veras es desatino
y que siempre valdría la más hermosa
menos que una botella del peor vino.

Y Sinforoso, un joven fino y galante,
usando en la disputa frases prudentes,
guardando mil respetos al contrincante,
defendió á las muchachas allí presentes.

Enalteció los goces del amor santo,
dijo cosas muy buenas de las señoras,
y juró que servirlas era un encanto
y un deber defenderlas á todas horas...

Pero de tal manera subió de punto
la cuestión suscitada delante de *ellas*,
que al cabo intervinieron en el asunto
los cuchillos, los platos y las botellas.

Y al final de la broma se arregló un duelo
se salieron al campo de madrugada,
y el pobre Sinforoso quedó en el suelo
medianamente herido de una estocada.

.....

Al saber á otro día las tres testigos
el lance de que fueron causa inconsciente,
se fueron á las casas de los amigos
para hacer comentarios extensamente.

—Sinforoso (decían), ¡qué generoso! ¡qué atento! ¡qué galante! ¡qué guapo chico! En fin, se hicieron lenguas de Sinforoso... ¡pero fueron amantes de Federico!